

Bases económicas para un programa de cambio

Discurso del presidente norteamericano, Bill Clinton, pronunciado ante el Congreso de su país el 17 de febrero pasado.

Señor presidente del Senado, señor presidente de la Cámara:

Cuando los presidentes les hablan al Congreso y a la nación desde esta tribuna, es común que comentan acerca de la gama completa de retos y oportunidades que enfrentamos. Pero estos no son tiempos comunes y corrientes.

De todas las muchas tareas que requieren nuestra atención, hay una que nos exige especial concentración, que nos unamos y que actuemos: juntos, debemos hacer que nuestra economía florezca otra vez.

Ha pasado mucho tiempo —por lo menos tres décadas— desde que un presidente ha retado a los norteamericanos a unirse a él en nuestra gran empresa nacional, para invertir en un mañana mucho más grande.

Las naciones, como los individuos, deben en última instancia decidir cómo quieren proceder, cómo

toma forma ante nuestros ojos, los norteamericanos han pedido el cambio y ahora nos toca a nosotros, los que estamos en este recinto, proporcionárselo.

Nuestra nación necesita una nueva orientación. Esta noche les presento a ustedes mi plan para poner a nuestra nación en ese nuevo rumbo.

Creo que hallaremos nuestra nueva orientación en los valores fundamentales que nos trajeron aquí: oportunidad, responsabilidad individual, comunidad, trabajo, familia y fe.

Necesitamos romper con los viejos hábitos de los dos partidos políticos en Washington. Debemos decir que no puede ya haber algo a cambio de nada y que todos estamos juntos en esto.

Las condiciones que nos trajeron hasta aquí son bien conocidas.

Das décadas de baja productividad

pósito, responsabilidad o comunidad, y nuestro sistema político demasiado a menudo se vió paralizado por los grupos de presión, los altercados partidistas y la sola complejidad de nuestros problemas.

Sé que podemos hacerlo mejor, porque la nuestra sigue siendo la nación más grande de la Tierra, la economía más fuerte del mundo y la única superpotencia militar global.

Si tenemos la visión, la voluntad y el valor de hacer los cambios que debemos hacer, entraremos en el siglo XXI con unas posibilidades que nuestros padres ni siquiera pudieron haber imaginado, al haber asegurado el ideal norteamericano para nosotros y las generaciones futuras.

Recordaré que, hace doce años, Ronald Reagan estuvo de pie en esta tribuna y le dijo al pueblo norteamericano que si nuestra deuda se apilara en billetes de un dólar, la pila subiría 108 kilómetros en el espacio. Hoy, esa pila llegaría a 429 kilómetros de altura.

No les digo esto para atribuir la culpa de este problema a nadie. Hay mucha culpa que atribuir —en las dos ramas del gobierno y en los dos partidos. La hora de atribuir culpas ha terminado. Vengo aquí a aceptar responsabilidades, quiero que

do, al exaltar el trabajo y la familia en cada porción de nuestras vidas.

Tercero, reduce sustancialmente el déficit federal, de un modo sincero y digno de fe.

Finalmente, se gana la confianza del pueblo norteamericano al pagar por estos planes, primero con reducciones en el despilfarro y la ineficiencia del gobierno —reducciones, no artilugios, en el gasto gubernamental— y con equidad para cambiar las cosas en la manera como se distribuye la carga.

Esta noche quiero hablar acerca de lo que puede hacer el gobierno, porque creo que nuestro gobierno debe hacer más por la gente que trabaja con empeño y que es la que paga por él. Pero déjenme decir primero: el gobierno no puede hacer esto solo.

El sector privado es el motor del crecimiento económico en Norteamérica. Y cada uno de nosotros puede ser un motor del cambio en nuestras propias vidas. Tenemos que darle al pueblo más oportunidades, pero debemos también exigir, correlativamente, más responsabilidad.

Nuestra prioridad inmediata es crear empleos, ahora. Algunos dicen que nos encontramos en proceso de recuperación. Bien, todos esperamos que así sea. Pero, sencillamente, no

puertos, que renovarán viviendas, que llevarán nueva vida a nuestras poblaciones rurales y esparcirán esperanza y oportunidad entre los jóvenes de nuestra nación al ofrecerles casi 700.000 empleos sólo en este verano. E invito a los líderes empresariales de Norteamérica a unirse a nosotros en esta iniciativa, de modo que, juntos, podamos crear un millón de empleos de verano para nuestra gente joven en las ciudades y en las zonas rurales pobres.

Segundo, nuestro plan mira más lejos del ciclo económico de hoy, porque nuestras aspiraciones se extienden hasta el próximo siglo. El núcleo de nuestro plan opera a largo plazo. Tiene un programa de inversión diseñado para incrementar la inversión pública y privada en aspectos críticos de nuestro futuro económico. Y tiene un programa de reducción del déficit que aumentará el ahorro disponible para la inversión en el sector privado, bajará las tasas de interés, disminuirá el porcentaje del presupuesto federal que consumen los pagos por concepto de interés y disminuirá el riesgo de perturbaciones en el mercado financiero que podrían afectar adversamente la economía.

A largo plazo, todo esto debería resultar en una tasa más alta de crecimiento económico, productividad mejorada, salarios más elevados, más empleos de alta calidad y una posición competitiva económica mejorada en la economía mundial.

Para conseguir la inversión pública y la reducción del déficit, se reduce el gasto gubernamental y se aumentan los impuestos. Nuestras reducciones del gasto fueron meditadas cuidadosamente para tratar de minimizar cualquier impacto económico,

capturar el dividendo de paz con propósitos inversionistas y cambiar el balance presupuestario del consumo a la inversión.

Los aumentos impositivos y las reducciones de gastos fueron ambos diseñados para asegurar que el costo de este programa histórico para encarar y lidiar con nuestros problemas lo asuman aquellos que pueden más fácilmente permitirselo.

Nuestro plan ha sido delineado para mejorar la situación de las empresas norteamericanas mediante tasas de interés más bajas, infraestructura mejorada, trabajadores mejor adiestrados y una clase media vigorosa. Debido a que las pequeñas empresas generan la mayoría de los empleos de nuestra nación, nuestro plan incluye para ellas los incentivos más audaces de la historia.

Proponemos un crédito impositivo a la inversión permanente para las pequeñas empresas, y nuevas recompensas para los empresarios que asuman riesgos. Le daremos a la pequeña empresa acceso a las brillantes tecnologías de nuestro tiempo y al crédito que necesitan para prosperar y florecer.

Con una nueva red de bancos de desarrollo comunal, y mil millones de dólares para hacer realidad el sueño de los sectores empresariales, comenzaremos a llevar nuevas esperanzas y nuevos empleos a los comercios y fábricas desde el sur de Boston hasta el sur de Texas, pasando por el centro sur de Los Angeles.

Nuestro plan invierte en nuestras carreteras, puentes, instalaciones de tránsito; en ferrocarriles de alta velocidad y en sistemas de información de tecnología avanzada; y en la limpieza ambiental más ambiciosa de nuestra época.

Al borde del nuevo siglo, el crecimiento económico depende, como nunca antes, de la apertura de nuevos mercados en el extranjero. Y por ello insistiremos en las reglas de comercio leal en los mercados internacionales. Una parte de nuestra estrategia nacional debe consistir en expandir nuestro comercio en términos justos, inclusive la terminación exitosa de la ronda más reciente de conversaciones comerciales a nivel mundial.

Apostamos por un Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte con salvaguardas apropiadas para los sectores trabajadores y el ambiente. Al mismo tiempo, nos comprometemos a hacer un intento decidido para crear los empleos de tecnología avanzada del futuro, prestar atención especial a las industrias que padecen problemas —como la aeroespacial y las aerolíneas— y dar ayuda especial a los trabajadores desplazados —como los de nuestra industria de la defensa—.

Exhorto a que las empresas, el gobierno y los sectores trabajadores avancemos juntos, en asociación para fortalecer a Norteamérica en la perspectiva del cambio.

Pero todos nuestros esfuerzos para fortalecer la economía fracasarán a menos que demos pasos audaces para reformar nuestro sistema de cuidado de la salud. Las empresas norteamericanas nunca serán fuertes; las familias norteamericanas nunca estarán seguras; y el gobierno norteamericano nunca será solvente, hasta que encaremos nuestra crisis del cuidado de la salud.

Los costos en aumento y la falta de cuidados ponen en peligro tanto nuestra economía como nuestras vidas. Necesitamos reducir los costos

del cuidado de la salud y liberar centenares de miles de millones de dólares para destinarlos a la inversión, el crecimiento y nuevos empleos. A largo plazo, reformar el cuidado de la salud es esencial para reducir nuestro déficit y ampliar la inversión.

Más adelante, esta primavera, le entregaré al Congreso un plan abarcador para la reforma del cuidado de la salud que pondrá finalmente los costos bajo control. Les proveeremos seguridad a todas nuestras familias, de modo que a ninguna se le niegue la cobertura que necesita.

Arrancaremos de raíz el fraude y las facturas excesivas, y aseguraremos que el papeleo ya no asfixie al usuario o al médico. Y mantendremos los estándares norteamericanos —la atención médica de más alta calidad en el mundo y las opciones que exigimos y merecemos. El pueblo norteamericano espera de nosotros que nos ocupemos del cuidado de la salud. Y debemos ocuparnos de él ahora.

Tal vez el cambio más fundamental que ofrece nuestra nueva orientación sea la atención que pone en el futuro de nuestros hijos y en las inversiones que procuramos hacer en ellos. Cada día de demora implica un alto costo. La mitad de nuestros niños de dos años de edad no recibe inmunizaciones contra enfermedades mortales. Nuestro gobierno se las proveerá a todo niño que tenga derecho a recibirlas. Y ahorraremos diez dólares de cada uno que gastemos, al eliminar enfermedades infantiles que pueden prevenirse.

El Programa de Nutrición para Mujeres, Infantes y Niños (WIC) será ampliado de modo que cualquier futura madre que necesite nuestra ayuda, la reciba.

El Programa *Head Start*, que prepara a los niños para la escuela, tiene una historia triunfal. Pero hoy llega solamente a un tercio de todos los pequeños que reúnen los requisitos para aprovecharlo. Conforme con nuestro plan, cubriremos a cualquier menor que reúna los requisitos correspondientes. Invertir en el *Head Start* y el WIC no sólo es lo correcto, es inteligente. Por cada dólar que invertimos hoy, ahorraremos tres mañana.

Norteamérica debe exigirles más a nuestros estudiantes, a nuestros maestros y a nuestras escuelas. Y les debemos dar los recursos que necesitan para alcanzar estándares elevados.

Debemos unir a empresas y escuelas para establecer nuevos cursos de aprendizaje, y darles a los jóvenes las destrezas que necesitan hoy para encontrar empleos productivos mañana.

La educación durante toda la vida beneficiará a los trabajadores a lo largo de sus carreras. Debemos crear un nuevo sistema de adiestramiento laboral unificado, de modo que los trabajadores reciban formación sin importar por qué han perdido sus empleos.

Nuestro programa de servicio nacional hará que los préstamos para estudios universitarios estén a disposición de todos los norteamericanos, y los reto a que le devuelvan algo en cambio a su país como maestros, agentes de policía o trabajadores de servicios comunitarios. Esto representará un cambio histórico, a la altura de la creación de las Donaciones de Tierras a las Universidades y la ley de becas a los veteranos. Dentro de cien años, los historiadores que le deban su educación a nuestro plan de servicio nacional saludarán la visión de ustedes.

Creemos en los empleos, creemos en la educación, y creemos en el trabajo que recompensa. Creemos en restaurar los valores que hacen de Norteamérica algo especial. En todo trabajo hay dignidad, y debe haber dignidad en todos los trabajadores. A aquellos que curan a nuestros enfermos, cuidan a nuestros niños y ejecutan nuestras tareas más fatigosas y difíciles, nuestra nueva orientación les hace una promesa solemne: mediante la ampliación del Crédito Impositivo por Ingreso Ganado, haremos historia: ayudaremos a recompensar el esfuerzo de millones de trabajadores norteamericanos pobres. Nuestra nueva orientación apunta a hacer realidad un principio tan poderoso como simple: si uno trabaja jornada completa, no debe ser pobre.

En el curso del presente año presentaré un plan para terminar con el bienestar público tal como lo conocemos. Nadie quiere cambiar el sistema de bienestar público tanto como aquellos que están atrapados por él. Le ofreceremos a las personas que dependen del bienestar público la educación, el adiestramiento, el cuidado infantil y el cuidado de la salud que necesitan para ponerse otra vez en pie. Luego, al cabo de dos años, deben regresar al trabajo —en la empresa privada, de ser posible; en el servicio público, si es necesario. Es hora de terminar con el bienestar público como un modo de vida.

Otra de las grandes metas en nuestra agenda es fortalecer las familias norteamericanas. Les pedimos a todos los padres y madres que asuman más responsabilidad en relación con sus hijos. Y castigaremos severamente a los padres aprovechados que no pagan el sostenimiento de sus hijos. Queremos proteger a nuestras fami-

lias del crimen violento que aterroriza a nuestro pueblo y destroza nuestras comunidades. Debemos aprobar una ley anticrimen severa.

Necesitamos poner en las calles 100.000 policías más, ofrecer campamentos de rehabilitación mediante adiestramiento tipo militar a los culpables de delitos no violentos que delinquen por primera vez, y poner tras las rejas a los criminales empedernidos. Tenemos una obligación de mantener las armas de fuego lejos de las manos de los criminales. Si ustedes aprueban la *Ley Brady*, yo la firmaré.

Para hacer que el gobierno trabaje para el contribuyente de clase media y no para los grupos de presión, debemos reformar nuestro sistema político. Pido que el Congreso apruebe reformas reales de financiamiento de las campañas políticas. Reduzcamos el poder de los grupos de presión y aumentemos la participación del pueblo. Debemos poner fin a la deducción tributaria para el cabildeo de los grupos en mención y utilizar el dinero para ayudar a limpiar el sistema político. Y debemos aprobar rápidamente legislación para obligar a que los cabilderos revelen sus actividades.

Pero para revolucionar el gobierno debemos exigirle austeridad. Y eso empieza arriba —en la Casa Blanca. En las semanas pasadas he reducido el personal de la Casa Blanca en un veinticinco por ciento, ahorrando con ello diez millones de dólares. Asimismo ordené recortes administrativos en los presupuestos de las agencias y departamentos, y reduje la burocracia federal en 100.000 puestos de trabajo, lo cual redundó en ahorros combinados de nueve millones de dólares. Es hora de que el gobierno sea tan frugal como cualquier

familia de los Estados Unidos. Es por eso que felicito al Congreso por aprobar medidas similares para reducir sus costos. Juntos, podremos demostrar al pueblo norteamericano que hemos oído su llamada al cambio.

Pero podemos ir más lejos: pido una congelación general de los salarios gubernamentales por un año. Luego, los salarios federales aumentarán a una tasa más baja que la tasa de inflación.

Debemos reinventar el gobierno para hacer que vuelva a funcionar. Por eso, presionaremos en favor de reformas innovativas en la educación para mejorar la enseñanza, no sólo para gastar más dinero; emplearemos el Superfondo para eliminar la contaminación, no sólo para aumentar los ingresos de los abogados; y utilizaremos reguladores federales bancarios, no solamente para proteger la seguridad de nuestras instituciones bancarias sino para vencer las dificultades crediticias. Y cambiaremos el enfoque entero de nuestros programas para aliviar la pobreza, mediante la reforma de las prestaciones sociales a la rehabilitación.

Durante años se ha hablado mucho del déficit, pero se han hecho muy pocos esfuerzos creíbles para abordarlo. Nuestra propuesta dará resultado. Se trata de un programa que aborda el déficit presupuestario en forma seria y a largo plazo. Estableceremos simultáneamente una de las mayores reducciones en el déficit y el mayor cambio en las prioridades federales de nuestra historia.

No recortaremos el déficit porque los expertos nos dicen que lo hagamos. Recortaremos el déficit para que las familias puedan proporcionar a sus hijos una educación universitaria, y para que algún día ellos puedan

comprar su propia casa; recortaremos el déficit para que las empresas puedan invertir en recapacitar a sus trabajadores y en modernizar sus fábricas. Y recortaremos el déficit para que el gobierno pueda hacer las inversiones que nos ayudarán a ser más fuertes, más inteligentes y más seguros.

Si no actuamos ahora, dentro de los próximos diez años no reconoceremos este país. De aquí a diez años, el déficit habrá crecido a 635 mil millones de dólares por año; la deuda nacional ascenderá a casi un 80 por ciento de nuestro producto interno bruto. Los pagos del interés de esa deuda constituirán el programa gubernamental más caro de todos, y seguiremos siendo el mayor deudor del mundo y dependeremos de fondos extranjeros para una gran parte de las inversiones de nuestro país.

Nuestro presupuesto reducirá el déficit en 140 mil millones de dólares para 1997 (uno de los mayores recortes reales de gastos que haya efectuado un presidente norteamericano). Efectuaremos más de 150 reducciones difíciles y dolorosas que recortarán los gastos federales en 246 mil millones de dólares. Eliminaremos programas que ya no se necesitan, como la investigación y desarrollo de la energía nuclear. Cortaremos los subsidios y cancelaremos proyectos antieconómicos. Muchos de estos programas se justificaban en su tiempo. Pero si vamos a iniciar programas nuevos, debemos eliminar los viejos. El gobierno ha hecho una buena labor al crear programas; ahora debemos demostrar que podemos limitarlos.

A medida que reestructuramos las fuerzas militares norteamericanas para hacer frente a las nuevas amenazas de la época posterior a la gue-

rra fría, podemos reducir en forma responsable nuestro presupuesto de defensa. Pero que nadie lo dude: mientras yo sea el presidente, los hombres y las mujeres que sirven bajo la bandera estadounidense constituirán la fuerza de combate mejor entrenada y mejor equipada del mundo.

Respaldado por una defensa nacional reducida y más efectiva y por una economía más fuerte, nuestro país estará preparado para dirigir un mundo desafiado por los conflictos étnicos, la proliferación de armas de destrucción masiva, la revolución democrática mundial y la salud de nuestro medio ambiente.

Nuestro programa económico es ambicioso, pero es necesario para que continúe la grandeza de nuestro país. Y será pagado en forma equitativa —al reducir el gobierno, al exigir el máximo de aquellos que en el pasado se han beneficiado al máximo— al pedir que más norteamericanos contribuyan hoy de manera que todos los norteamericanos puedan vivir mejor mañana.

A los más acaudalados, los que ganan más de 180.000 dólares por año, les pido que aumenten la tasa máxima del impuesto federal sobre los ingresos del 31 al 36 por ciento. Nuestro programa recomienda un sobreimpuesto del 10 por ciento sobre ingresos por encima de los 250.000 dólares anuales. Y eliminaremos las evasiones impositivas legales que permiten que algunos puedan eludir el pago de impuestos. Para empresas con ingresos tributables de más de diez millones de dólares, aumentaremos la tasa impositiva corporativa a un 36 por ciento. Y cortaremos la deducción por gastos de entretenimiento.

Nuestro programa atacará los subsidios impositivos que premian a las empresas que trasladan sus empleos al extranjero. Y nos aseguraremos de que, mediante una aplicación efectiva de los impuestos, las corporaciones extranjeras que ganan dinero en los Estados Unidos paguen los impuestos que adeuden al país.

Los norteamericanos de la clase media deberán saber que ya no están solos, que serán los primeros, y que ya no pagarán más para recibir menos. A un 98% de las familias norteamericanas no se les aumentará la tasa del impuesto a los ingresos. Sólo los más acaudalados, el 1.2%, verán subir sus tasas de impuesto.

Permitanme aclarar: a los beneficiarios del *Medicare* no se les hará nuevos recortes en los beneficios. Habrá recortes en los pagos a los proveedores: los médicos, hospitales y laboratorios, como un medio para controlar los costos del cuidado de la salud. Estos recortes sólo serán un recurso momentáneo hasta tanto reformemos todo el sistema del cuidado de la salud. Permitanme repetir esto, porque es importante para mí, igual que para ustedes: este programa no hará nuevos recortes en los beneficios de *Medicare* de ningún beneficiario. El único cambio que haremos en el Seguro Social será que pediremos a los norteamericanos de mayor edad que tienen ingresos más elevados, que no dependan solamente del Seguro Social para vivir, que contribuyan más. Este cambio no afectará al 80 por ciento de los que reciben pagos del Seguro Social. Si ustedes no pagan ahora impuestos del Seguro Social, no los pagarán conforme con este programa.

Nuestro programa incluye un impuesto a los recursos energéticos

como la mejor manera de proporcionar nuevos ingresos para reducir el déficit e invertir en nuestro pueblo. Además, a diferencia de otros impuestos, éste reduce la contaminación, aumenta la eficiencia energética y alivia nuestra dependencia del petróleo procedente de las regiones inestables del mundo.

Todas juntas, estas medidas costarán a una familia norteamericana que gane 40 mil dólares por año, menos de 17 dólares por mes. Y debido a los demás programas que pondremos, las familias que ganan menos de 30.000 dólares por año prácticamente no pagarán ningún impuesto adicional.

Debido a nuestra determinación públicamente declarada de reducir el déficit, las tasas de interés han bajado desde las elecciones. Eso significa que para la clase media los aumentos en los costos de energía serán más que compensados por intereses hipotecarios más bajos, préstamos a consumidores y tarjetas de crédito. Esta es una inversión prudente para ustedes y para su país.

Pido a los norteamericanos que consideren el costo de no cambiar, de no escoger una nueva dirección. A menos que tengamos el coraje para empezar a construir nuestro futuro y dejemos de tomar prestado del mismo, nos condenaremos a años de estancamiento sólo interrumpido por recesiones; a crecimiento lento en los empleos, a ningún crecimiento en los ingresos, y a más deudas y desilusiones. Peor aún, a menos que cambiemos, a menos que reduzcamos el déficit, aumentemos las inversiones y la productividad de modo que podamos generar empleos, condenaremos a nuestros hijos y a los hijos de nues-

tros hijos a una vida inferior y a un destino disminuido.

Esta noche, el pueblo norteamericano sabe que tenemos que cambiar. Pero también es probable que se pregunte si tendremos la fortaleza de ánimo para hacer realidad estos cambios.

Ellos saben que, tan pronto abandonemos este recinto, los grupos de presión saldrán en masa a tratar de bloquear los cambios que proponemos. Las fuerzas de la sabiduría convencional ofrecerán miles de razones por las que no lo conseguirán. Y nuestro pueblo vigilará y se preguntará si nuevamente todo seguirá como de costumbre.

Por lo tanto, debemos escalar los muros del escepticismo, no con nuestras palabras sino con nuestras acciones. Después de tantos años de parálisis e indecisión, después de tantos comienzos esperanzados y tan pocos resultados promisorios, los norteamericanos serán enérgicos en cómo nos juzgarán si no aprovechamos este momento.

Este programa económico no podrá complacer a todos. Si se descompone por partes, seguramente habrá algo que nos afectará a cada uno de nosotros. Pero, si se lo toma en su integridad, nos ayudará a todos. Resistan la tentación de sólo enfocar su atención en recortar los gastos en algo que no les gusta o en alguna inversión

que no se ha hecho. A nadie le gustan los aumentos de impuestos. Pero enfrentemos los hechos: durante veinte años los ingresos han permanecido estancados, pero la deuda se ha agrandado. Ya no podemos darnos el lujo de negar la realidad. Debemos jugar la mano que hemos barajado.

La razón para comprometerse con este programa no puede simplemente ser: ¿Qué hay en esto para mí? La pregunta deberá ser: ¿Qué hay en esto para nosotros?

Si trabajamos arduamente —y trabajamos juntos— si nos dedicamos a fortalecer a nuestras familias, a crear empleos, a recompensar el trabajo y a rediseñar el gobierno, podremos aumentar una vez más la fortuna de los Estados Unidos.

Esta noche pido a todos aquí en este recinto —y a cada norteamericano— que escudriñen sus corazones, que despierten sus esperanzas y que activen su imaginación. ¡Hay en nuestra nación tanto de bueno, tantas posibilidades y tanto entusiasmo! Si actuamos intrepidamente, como los líderes deben actuar, el nuestro será un legado de progreso y prosperidad. Esta es, entonces, la nueva orientación de los Estados Unidos. Tengamos el coraje de aprovechar la oportunidad de este día.

Muchas gracias. Buenas noches. Y que Dios bendiga a los Estados Unidos.